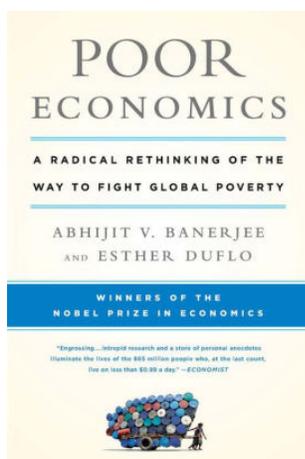


Poor Economics. A Radical Rethinking of the Way to Fight Global Poverty (Repensar la pobreza. Un giro radical en la lucha contra la desigualdad global)

Abhijit Banerjee y Esther Duflo

[ISBN 13: 978-1610390934; ISBN: 9786073189040]

Luis Alberto Islas Ochoa¹



Abhijit Banerjee y Esther Duflo, ambos economistas del desarrollo del Massachusetts Institute of Technology (MIT), de nacionalidades india y francesa, respectivamente, fueron reconocidos, junto con Michel Kremer, con el Premio Nobel de Economía 2019 por su “enfoque experimental para aliviar la pobreza mundial”. El libro que aquí reseñamos es un esfuerzo académico de 15 años, y su objetivo principal es “entender de verdad sus vidas (de las personas más pobres) en toda su complejidad y riqueza” (p. 12).

Las contribuciones de este libro son bastas. En primer lugar, Banerjee y Duflo hacen énfasis en la naturaleza real de la pobreza. El interés de estudiar y comprender la dinámica económica de las personas viviendo en condiciones de pobreza se hace presente a lo largo de todo el texto, y es precisamente ese interés el que los lleva a cuestionar diversos mitos alrededor de la pobreza mundial.

¹ Maestrante de la Línea Economía Social, Maestría y Doctorado en Estudios Sociales, DCSH, UAM-Iztapalapa. Correo electrónico: luisinisl@hotmai.com

En segundo lugar, el libro es una crítica a los modelos económicos que han buscado simplificar la realidad (como cualquier modelo) para entender la vida de los más pobres. Sin embargo, la crítica radica en que dichos modelos, y las políticas públicas que de ellos emanan, han sido contruidos sin evidencia solida que muestre su efectividad en el combate a la pobreza, lo que ha causado, en muchas ocasiones, que se caiga en un reduccionismo y simplismo cuando de ofrecer soluciones viables a la pobreza se trata. En ello descansa una de las grandes aportaciones del libro, pues reconoce la importancia y necesidad de la evidencia empírica como punto de partida para abordar fenómenos tan complejos como el de la pobreza mundial. En palabras de Duflo: “Nuestro objetivo es asegurarnos de que la lucha contra la pobreza esté basada en la evidencia científica”.

El libro consta de 10 capítulos recopilados en dos partes, la primera de ellas versa sobre la vida de los más pobres y la segunda sobre el ambiente institucional que los rodea.

La atención de la investigación se centra en un conjunto de 50 países (principalmente africanos y asiáticos) en los cuales viven la mayoría de las personas más pobres del mundo. Pero, ¿a qué se refieren los autores con pobreza?, ¿qué es ser pobre?. Ellos se basan en el trabajo de Deaton y Dupriez² para la definición del umbral de pobreza, en el cual se hace un ejercicio de comparación tomando la rupia india y un índice de precios de ese país que, al ser comparado con el de Estados Unidos, permita determinar un umbral de pobreza que se pueda expresar en dólares ajustados por la paridad de poder de compra; el resultado fue una línea de pobreza de 99 centavos de dólar. Es decir, para imaginar la vida de los más pobres imaginemos vivir en la Ciudad de México con \$20 pesos al día. No es fácil. Sin embargo, y por sorprendente que parezca, en 2005, 13% de la población mundial (865 millones de personas) vivía en esas condiciones. De ahí deviene la complejidad de la pobreza misma; las personas pobres no difieren de las que no lo son ni en deseos, ni aspiraciones, ni son menos racionales; de hecho, es al contrario: precisamente por tener tan poco con frecuencia deben actuar como “sofisticados economistas” para lograr el simple hecho de sobrevivir.

² Deaton, A. y Dupriez, O. (2011) “Purchasing Power Parity for the Global Poor”, *American Economic Journal: Applied Economics*, 3 (2) (Abril de 2011), pp. 137-166.

Poor Economics (Repensar la pobreza) es un libro que estudia las decisiones y el actuar de las personas pobres precisamente para comprender de mejor forma como luchar contra la pobreza mundial.

Es un esfuerzo para cambiar la percepción que se tiene sobre la pobreza y, sobre todo, cómo combatirla. Normalmente se piensa en la pobreza como algo inconmensurable, como algo sumamente difícil de tratar y de resolver; los autores proponen lo contrario: entender a la pobreza como un conjunto de problemas específicos y particulares, los cuales se pueden atender y resolver de uno en uno. Al respecto dejan claro que no existe una única e infalible respuesta al problema de la pobreza y, que, debido a la ausencia de dicha respuesta, actuar con evidencia se vuelve crucial. Los Ensayos Controlados Aleatorios (ECA) son un instrumento que utilizan repetidamente en busca de evidencia de utilidad para combatir el problema. Sin embargo, un único experimento no arroja una respuesta definitiva, sino que es después de una serie de experimentos que se puede tener solidez en las conclusiones alcanzadas y “una imagen más completa” de cómo viven las personas pobres y en qué áreas de oportunidad se puede actuar específicamente.

Por ejemplo, normalmente se asocia a la pobreza con el hambre. Alguien pobre se puede definir como una persona que no tiene lo suficiente para comer, por lo que podría suponerse que la adquisición de alimentos es su máxima prioridad; sin embargo, los alimentos suponen entre el 36 y 79 por ciento del gasto en consumo de las personas pobres³. Es decir, hay otras necesidades a las que los recursos también son dirigidos.

A pesar de lo anterior, parece que la subvención de alimentos se ha convertido en la fórmula favorita de algunos gobiernos y ONG's para combatir la pobreza, cuando ha quedado explícito que existen otras muy diversas necesidades. Así, cuando los autores visitaron hogares pobres en Marruecos y en la India pudieron observar, en muchas ocasiones, que en ellos había televisiones, antenas parabólicas, reproductores DVD, teléfonos móviles, etc., lo que los llevo a plantearse que “tener una vida agradable” es igual de importante para todas las personas, con la diferencia que los pobres viven en el aquí y ahora, provocando que tengan que ahorrar por meses o años para adquirir una televisión, o como hace una madre india, que empieza a ahorrar para la boda de su hija con 10 años de antelación.

³ Las cifras que referimos son incluidas a lo largo del libro y se pueden consultar, junto con las bases de datos para los países estudiados, en la página web pooreconomics.com

La salud, argumentan los autores, es una fuente potencial de generación de trampas de pobreza. Por ejemplo, cuando los trabajadores se desempeñan en ambientes insalubres pueden enfermar y perder varios días de trabajo, o los niños enfermos se pueden ausentar indefinidamente en la escuela. El problema que esto representa es la poca o nula holgura económica con la que los pobres enfrentan los escenarios adversos: cuando se trata de problemas serios de salud, reducen el gasto, venden sus pocos activos o piden prestado (la mayoría de las veces a tipos de interés muy altos). Entonces, la enfermedad de un miembro podría poder suponer la persistencia de las condiciones de pobreza del hogar: “las desgracias de hoy se convertirán en pobreza el día de mañana” (p. 68).

Entonces, ¿cómo escapar de esa trampa? La respuesta puede ser evidente: la creación de un sistema de salud pública en los países más pobres; y aunque los autores encontraron que prácticamente todos los países del mundo cuentan con sistemas públicos de salud, estos están lejos de funcionar adecuadamente. Por ejemplo, se mostró, mediante la Encuesta sobre Absentismo en el Mundo (World Absenteeism Survey), que en países como Bangladesh, Ecuador, Indonesia, Perú y Uganda, la tasa media de absentismo de personal médico (doctores, enfermeras, camilleros, etc.) era de alrededor del 40 por ciento. Es decir, en caso de necesitar un doctor, es muy probable que éste no se encuentre en su lugar de trabajo. Además, la misma encuesta mostró que los doctores y enfermeras que se encuentran laborando no tratan de manera amable y cordial a los pacientes. Situaciones como esta han provocado reacciones no contempladas, como que las personas pobres eviten el sistema de salud público y decidan atenderse en el sector privado, aunque resulte más costoso.

Reformar en su totalidad el sistema de salud pública de un país es una tarea compleja y ardua, que sin lugar a duda se debe llevar a cabo; sin embargo, es seccionando el problema mayor en problemas específicos y ofreciendo soluciones simples como se puede comenzar a solucionar. En el campo de la salud, en muchas ocasiones las mejoras más asequibles se encuentran en la prevención. Por ejemplo, los autores muestran que un mosquitero, cuyo precio ronda los \$2 dólares, reduce en más del 50 por ciento la posibilidad de que un niño enferme de malaria. Asimismo, dos simples remedios, la utilización de cloro y una solución

de rehidratación (suero), pueden reducir significativamente los casos de diarrea⁴, una de las causas de muerte más extendidas en los países pobres⁵.

Estas soluciones, por sencillas que parezcan, pueden representar una mejora significativa en la calidad de vida de las personas pobres y de su comunidad en general: el mosquitero no solo protege al niño que duerme bajo su protección, sino también a otros muchos niños a los que no contagiará de malaria. La utilización de cloro y suero para combatir la diarrea no solo ayudará a la persona enferma, sino a que más personas no se contagien. Es decir, el impacto de dichas intervenciones puede tener un alcance social mayúsculo, interrumpiendo la transmisión y persistencia de la pobreza.

La educación es un tema recurrente en la obra, y la política educativa se presenta como una herramienta para combatir la pobreza. Los autores argumentan que existen dos enfoques: el de la oferta y el de la demanda. El primero defiende la intervención gubernamental al momento de proveer de aulas, maestros, materiales e infraestructura para hacer válido el derecho a la educación; mientras que el enfoque de la demanda sostiene que no tiene sentido ofrecer educación salvo que haya una demanda clara; se argumenta que la calidad de la educación ha sido baja debido a que los padres de familia no se preocupan lo suficiente por fomentar la educación debido a que saben que los beneficios de estudiar (el rendimiento de la educación) son bajos. La gente con posibilidades enviará a sus hijos a escuelas privadas y, cuando el rendimiento de la educación sea lo suficientemente alto, la matriculación crecerá y se exigirá al gobierno la creación de escuelas.

Frente a esta disyuntiva, los autores mantienen una posición clara: dejar que actúe únicamente el mercado, como propone el enfoque de la demanda, provocaría el mantenimiento de las condiciones de desigualdad y pobreza. Mientras los niños de familias ricas tendrán la oportunidad de estudiar en escuelas privadas, independientemente de sus capacidades y talento, muchos otros niños se verán rezagados por la falta de ingresos de sus padres. Es por eso que, para

⁴ “De los 9 millones de niños que mueren anualmente sin haber cumplido cinco años, la gran mayoría son pobres del sureste de Asia y del África subsahariana y aproximadamente uno de cada cinco muere de diarrea” (p. 66).

⁵ “Simplemente con invertir 100 dólares en cloro envasado para el uso doméstico se podrían prevenir treinta y dos casos de diarrea” (p. 66).

alcanzar resultados socialmente justos, es necesario actuar desde el frente de la oferta, y asegurarse que todos los niños tengan una oportunidad.

El frente educativo es crucial para combatir la pobreza; en un experimento realizado en la década de los años ochenta en Indonesia se encontró que cada año de escolaridad adicional incrementaba las percepciones salariales en 8 por ciento, cifra similar a la de Estados Unidos en la actualidad. Además, los beneficios de la educación superan únicamente el del aumento del ingreso. En otra serie de experimentos se encontró que, en Taiwán, una alta escolaridad disminuía la mortalidad infantil; mientras que en Malawi y Kenia las niñas que no abandonaron la escuela, gracias a transferencias monetarias del gobierno, fueron menos propensas a tener un embarazo. En pocas palabras, una política educativa bien diseñada puede ser una herramienta poderosa para la erradicación de la pobreza.

Para ello, la combinación de los enfoques de oferta y demanda es necesaria: “las estrategias de oferta y de demanda no tienen por qué ser mutuamente excluyentes. La oferta tiene efectos positivos por sí sola, pero la demanda también es importante” (p. 114).

La vida de las personas pobres está en constante riesgo; a la constante falta de ingresos y alimentos se le suman la inestabilidad laboral, la salud, la violencia, la delincuencia y la corrupción. Frente a tan adverso escenario es comprensible que aspectos como la educación no figuren en las prioridades de los más pobres.

En la segunda parte del libro, dedicada al estudio de las instituciones, se empieza estudiando el ámbito laboral de las personas pobres. La mayoría de las personas más pobres del mundo se desempeñan en dos ocupaciones: cultivando tierras de temporal o como jornaleros; en ambos casos no existe la seguridad laboral. Cuando los jornaleros tienen suerte, pueden asegurar su trabajo por algunas semanas o meses, pero en la mayoría de las ocasiones su trabajo es únicamente requerido por un par de días. Incluso para los trabajadores del sector formal de la economía la seguridad laboral no es ninguna garantía, mucho menos la hay para los trabajadores informales.

Como mencionamos anteriormente, la vida de los pobres está en constante riesgo, y es debido a ello que sucesos adversos para el resto de la sociedad apenas y representan alguna afectación para ellos. La pobreza suele generar un aislamiento de las personas que la sufren frente a las fluctuaciones del ciclo económico; en las fases de expansión no toman lugar en los beneficios del crecimiento económico. Asimismo, es este aislamiento el que “protege” a los más pobres de los efectos adversos de las recesiones, siendo más severos en los estratos

de alto y medio ingreso. Ejemplo de ello fue la crisis económica de 2008–2009 en México: la Gran Recesión impactó de una manera mucho más intensa a las entidades federativas con un mayor nivel de industrialización, principalmente las entidades del norte del país. Como consecuencia, las tasas de pobreza aumentaron en las regiones menos pobres⁶. Es decir, los ricos empobrecieron mientras los pobres se mantuvieron sin cambios.

“Para la mayoría de los pobres, una vez más parece que las cosas no fueron mucho peor comparadas con cualquier otro año, precisamente porque su situación siempre es bastante mala. Los pobres se enfrentaban a problemas a los que están muy acostumbrados, pues todos los años tienen la impresión de estar en medio de una enorme crisis financiera” (p. 179).

El estar en riesgo permanente tiene efectos psicológicos negativos; la preocupación genera estrés y depresión, ambos extendidos en la población pobre. El estrés provoca que sea más difícil concentrarse en el trabajo, lo que disminuye la productividad; además, los niveles de estrés están asociados a la producción de cortisol, hormona que afecta ciertas regiones del cerebro que son esenciales para el desempeño cognitivo como, por ejemplo, tomar una decisión económica racional cuando tienen que decidir entre varias posibilidades o bajo presión.

Frente a tantos riesgos, las personas pobres buscan diversificar sus ingresos mediante la creación de una cartera diversificada. La diferencia radica en que, en lugar de diversificar activos o instrumentos financieros, los pobres diversifican actividades. En una encuesta aplicada en Bengala Occidental se encontró que los integrantes de la familia promedio se desempeñaban en siete ocupaciones diferentes. En la mayoría de las familias rurales es raro que la agricultura sea la única fuente de ingreso del hogar. Esta diversificación laboral es una forma de reducción del riesgo; si una actividad decae, otras pueden mantenerse.

Lo anterior resulta en una dinámica poco eficiente: tener múltiples ocupaciones no permite la especialización en ninguna de ellas, y con ello se escapan los beneficios del trabajo especializado. Entonces, el miedo al riesgo deteriora la capacidad de las personas pobres y limita el desarrollo de su potencial.

⁶ Islas, L. (2020) “Pobreza estructural y niveles de productividad laboral. Un análisis regional; México: 2008 – 2018”. Tesis de maestría, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México.

Al enfrentar tan diversos riesgos, los préstamos son una práctica extendida entre las personas pobres. Debido a su posición, son muy pocos los hogares pobres a los que instituciones financieras formales, principalmente bancos, conceden préstamos. Los bancos no quieren saber nada de los pobres, y frente a este vacío institucional, se recurre a prestamistas informales y comerciantes explotadores, quienes cobran intereses sumamente elevados. Se mostró que en Udaipur, la zona rural de la India, dos terceras partes de los hogares pobres tenían activa una deuda por préstamo. Al 37 por ciento de ellos se los había concedido un tendero, al 23 por ciento un pariente, al 18 por ciento un prestamista informal y solo al 6.4 por ciento una institución formal.

En el año 2006, Muhammad Yunus y el Banco Grameen fueron reconocidos con el Premio Nobel de la Paz “por sus esfuerzos para incentivar el desarrollo social y económico desde abajo” y desarrollar el concepto de microcrédito y microfinanzas. Las microfinanzas surgieron como una respuesta a la integración de las personas pobres a la dinámica económica mediante la concesión de créditos. La dinámica es relativamente sencilla: otorgar créditos a personas lo suficientemente pobres como para solicitar un crédito a un banco tradicional.

Sin embargo, los autores del libro son escépticos respecto al papel milagroso que constantemente se atribuye a las microfinanzas. Se encontró que los microcréditos normalmente se dirigían al consumo y no a la inversión, por lo que no se observaron cambios en la educación o salud de las personas pobres. Además, la proporción de hogares que emprendieron un nuevo negocio con dicho crédito aumentó de 5 a 7 por ciento. Es decir, el efecto existe y es positivo, pero no se puede considerar revolucionario o la panacea para la pobreza. “La microfinanza es solo uno de los caminos posibles en la lucha contra la pobreza” (p. 219).

Como expusimos anteriormente, la inestabilidad laboral es una característica de las personas pobres; tener un trabajo estable puede generar un cambio sustancial en cualquier persona. La sensación de control y seguridad que da el tener un ingreso cada mes es fundamental para la toma de decisiones. La creación de empleo formal podría dar lugar a un círculo virtuoso contra la pobreza: salarios estables permitirían a los trabajadores tener el espacio mental y el optimismo necesario para invertir en la educación de sus hijos y ahorrar más; con esos ahorros se puede acceder con mayor facilidad a un crédito formal, y las personas emprendedoras podrían instalar negocios lo suficientemente grandes para, a su vez, emplear más gente.

Sin embargo, los autores argumentan que, en lugar de estar trabajando en proposiciones como las anteriores, la economía del desarrollo se encuentra estancada en una visión institucionalista. Bajo ésta, el verdadero problema del desarrollo no es cómo idear buenas políticas, sino cómo arreglar el proceso político. Esta visión sostiene que, si la política funciona, al final las buenas políticas terminan por aparecer. Y es precisamente esta confusión la que ha provocado que la economía del desarrollo se vuelque a buscar “grandes respuestas” a las “grandes preguntas” como, por ejemplo, la conveniencia de la democracia o autocracia, los derechos de propiedad, los sistemas fiscales, el poder centralizado o descentralizado, el sufragio universal o limitado; es decir, se piensa a un nivel institucional muy alto, se piensa en INSTITUCIONES (en mayúsculas). Lo anterior no ha tenido repercusión en la erradicación de la pobreza mundial; para ello, la discusión debería asociarse a objetivos específicos, como el control de la malaria y la diarrea, la producción sustentable y distribución eficiente de alimentos, el agua potable y saneamiento, por mencionar algunas. Pasar de las INSTITUCIONES a las instituciones.

Los retos son fundamentalmente dos. En primer lugar, comprender que no existen formular únicas; el éxito en la implementación de una política en un lugar en específico no tiene por qué replicarse en todos los casos: las instituciones necesitan adaptarse al contexto local y, muchas veces, la transformación es gradual. En segundo, diseñar alternativas que tengan en cuenta tanto el enfoque de la oferta como el de la demanda: los gobiernos son necesarios para proporcionar los bienes públicos básicos y hacer que el mercado libre funcione bajo las reglas establecidas.

No se debe subestimar el alcance de las políticas locales; a fin de cuenta las INSTITUCIONES están conformadas de pequeñas instituciones. Para transformar el contexto general se necesita una perspectiva desde abajo.

Las buenas intenciones son necesarias para avanzar, pero no suficientes. En ocasiones, buenas intenciones han producido malas políticas, que magnifican el problema lejos de resolverlo. Por ello, se vuelve indispensable actuar con evidencia concreta. Buenas políticas pueden ser el primer paso para una buena política.

El libro es una invitación a “mirar más de cerca” para de verdad comprender la vida de los más pobres e identificar, en primera instancia, las trampas de pobreza donde realmente se encuentran y, consecuentemente, ofrecer soluciones realistas y objetivas para que “nadie tenga que vivir con 99 centavos al día”.